

CRÍTICA Y ENSAYO

Pedro Aullón de Haro. *La poesía en el siglo XX (hasta 1939)*. Madrid, Taurus, 1989, 354 pp.

En la casi siempre muy valiosa «Historia Crítica de la Literatura Hispánica», en curso de publicación por la editorial Taurus, figuran algunos volúmenes de los que es autor el crítico Pedro Aullón de Haro. El más reciente de ellos es el titulado *La poesía en el siglo XX (hasta 1939)*, un trabajo que, por la altura de sus enfoques, por su novedad y por su alcance teórico-crítico, constituye, a mi ver, una de las más ricas aportaciones realizadas en los últimos años al estudio de la poesía española del período que va desde el Modernismo a la guerra civil, la llamada «Edad de Plata» o «segundo Siglo de Oro» de la literatura española.

Aullón tiene, en principio, dos propósitos: estudiar la poesía de este período como un «sistema estético» en relación con el sistema de la modernidad y establecer una «base histórico-poética» de una teoría de la lírica española. La estructura de los volúmenes de la serie editorial en que se inscribe este trabajo determina su orden interno: en la primera parte se hace «Teoría e historia»; en la segunda, un «Análisis»; los dos últimos segmentos del libro vienen ocupados por una sucinta referencia a «La crítica» más relevante de la época (que el autor limita, con razón, a dos de los mejores críticos de esos años: Enrique Díez-Canedo y Rafael Cansinos-Asséns) y por una bibliografía, que es, salvo algunas excepciones, razonablemente amplia, está casi siempre puesta al día y ha sido utilizada con rigor e inteligencia.

El primer mérito del apartado «Teoría e Historia» es la muy amplia nómina de autores estudiados, que incluye a figuras no siempre debidamente atendidas hasta hoy (entre las cuales cabría citar, como meros ejemplos, a Alonso Quesada o Rafael Lasso de la Vega). Es verdad que Aullón se limita a veces a una mera relación de títulos, sin poder hacer más (véanse los casos de Villaspesa o Domenchina), y que concede acaso excesivo espacio, comparativamente hablando, a autores poéticamente irrelevantes (Ganivet o Baroja). Tales defectos, sin embargo, se ven ampliamente compensados por un esfuerzo teórico inusual entre nosotros.

«El Modernismo hispánico —escribe Aullón— no es sino la retrasada versión en lengua española de aquello que de forma unificadora y metodológica denominaremos Simbolismo.» El «retardatarismo» y la «disfuncionalidad» de la lírica española en los que insiste el autor en relación con los procesos de la poesía moderna (rasgos que para Aullón se interrumpen con las vanguardias) afectan a poetas como Unamuno y Antonio Machado. Distinto es el caso de Juan Ramón Jiménez, que incorporó, en un momento dado, «conceptos y formas de composición en parte procedentes de la Vanguardia europea», y que en su período americano —añadimos nosotros— alcanzó algunos de los mejores logros de la modernidad poética en lengua española a través, precisamente, de una «modalidad textual» —el poema en prosa— fuertemente valorada por Aullón como parte del perfil idiosincrático de la modernidad en la lírica española (las otras «modalidades» son, para el autor, el haiku de origen japonés y la greguería).

Sin embargo, donde más cabe valorar las ideas de Aullón de Haro es en los apartados correspondientes al análisis del Ultraísmo y el Creacionismo, especialmente en lo que hace a este último, que es para el autor la más importante contribución hispánica a las literaturas de vanguardia. Habrá ya que contar, en lo sucesivo, con este agudo análisis, que ve en el Creacionismo de Huidobro, Larrea y Diego (y hasta Vallejo), entre otras cosas, la más perfecta expresión hispánica de la moderna «autonomía» del arte. Es verdaderamente valiosa la síntesis aquí realizada de los rasgos que configuran el «proyecto» vanguardista: antimímesis, novedad, antidescriptivismo, antisentimentalidad, etc. Se echa de menos, sin embargo, en este excelente panorama de los lenguajes líricos de los años 20 y 30, una revisión del significado del surrealismo, que en nuestro país no ha sido estudiado con suficiencia ni rigor. En

este sentido, habría que lamentar la limitada información aquí manejada de los textos tanto creativos como teóricos —unos y otros de extraordinaria importancia— de los surrealistas de Canarias.

Aunque Aullón no oculta sus preferencias por las obras de un Larrea o un Cernuda, el examen, en fin, de los poetas del 27 realizado en estas páginas es particularmente sugestivo, más allá de tal o cual aserto discutible. Hay que agradecer a Aullón su radical negativa a estudiar a estos poetas como «generación» («Generación del 27, Sociedad Anónima», en palabras de Bergamín), pues son muchos los lenguajes líricos que coinciden en este período, y el «grupo» veintisietista no debe en modo alguno acaparar la atención crítica, como con demasiada frecuencia ha ocurrido hasta hoy.

El libro se completa, en el apartado de «Análisis», con un extraordinariamente útil «Órgano general retórico de componentes de modernidad en la poesía española». Necesitamos más libros como éste, que enriquezcan desde nuevas dimensiones teórico-críticas (y también desde el análisis histórico) la comprensión de un período literario en el que todavía —y este volumen lo demuestra— pueden y deben hacerse nuevas y valiosas aproximaciones críticas.

Universidad de La Laguna

ANDRÉS SÁNCHEZ ROBAYNA

Gonzalo Santoja. *La república de los libros. El nuevo libro popular de la II República*. Barcelona, Anthropos, 1989, 191 pp.

Este libro (premio ensayo «Ciudad de Segovia») viene a completar el anterior del mismo autor, *Del lápiz rojo al lápiz libre*, donde el tema se retrae a los años de la dictadura primoriverista. Con ambos libros, Gonzalo Santoja nos entrega la más minuciosa documentación acumulada hasta el momento sobre un fenómeno de vital importancia en la cultura española del siglo 20: el «boom» del libro social-revolucionario en los años de la dictadura y de la república.

Consta el libro de una «Nota previa» —balance crítico de la cuestión— y tres extensos capítulos, dedicados a las Editoriales que más contribuyeron a la difusión de tal libro: Cenit y el consorcio C.I.A.P.,